

*Frialdad colateral*

*Andrés Botella*

El disparo le alcanzó en el centro de la vida y se la extrajo, de golpe, por el orificio de salida, acompañada de una especie de silbido, tras el impacto seco, que había sido adivinado por un revuelo nervioso de pájaros asustados.

Cayó en medio de la plaza y su sangre manchó las piedras de la calle sin connotaciones líricas o poéticas. Simplemente, las manchó de forma literal.

Nadie se atrevió a socorrerle. El que más y el que menos tuvo bastante con intentar buscar protección, por si se producían más disparos. En realidad, todo auxilio habría resultado innecesario, porque, cuando su cuerpo desmadejado y ausente se desplomó sobre los adoquines de la calzada, ya estaba muerto. La soledad a su alrededor no hizo más que confirmarlo en esa mañana del dieciséis de junio.

La aparición de la policía provocó el inevitable vómito de curiosos que, ahora sí, repuestos del susto, estiraban el cuello, dispuestos a reclamar las migajas de gloria, a las que creían tener derecho por haber sido espectadores privilegiados. Sin embargo, el cruce de declaraciones y controversias sirvió para bien poco. No se tardó en constatar que nadie sabía lo que había pasado. La brusquedad, lo inesperado del acontecimiento, había dinamitado las conciencias, sembrando la confusión.

La irrupción de la policía científica y su parafernalia acrecentó la sensación de irrealidad. A la mayoría de los presentes, le resultaba inverosímil haber presenciado un asesinato de esas características.

Para cuando llegó el juez Ferreiro, encargado de la diligencia del levantamiento del cadáver, los investigadores tenían una idea bastante aproximada de la trayectoria de la bala y del posible emplazamiento del francotirador, pero no habían sido capaces de encontrar el menor rastro de él. Con toda seguridad, el disparo había provenído del sur. La víctima también había sido identificada.

—Nada relevante—informó un inspector—. Funcionario, cincuenta años, separado. Tenía el día libre...

—Un perfil que no encaja en una ejecución—dijo el juez Ferreiro, señalando el cadáver.

—Es muy raro—admitió el inspector.

—Tendrá una explicación—contestó el juez.

—Seguro—concluyó el policía.

La presencia del juez Ferreiro en el escenario del crimen había despertado gran expectación, debido, probablemente, a la popularidad adquirida en los seis últimos meses, con motivo del caso “Espectro”. En su instrucción, había sido imputado un número considerable de políticos locales, autonómicos y nacionales, acusados de prevaricación, uso de información privilegiada, tráfico de influencias, blanqueo de capitales y financiación ilegal.

Los medios de comunicación le habían convertido en una especie de abanderado contra la corrupción política, en el representante legítimo de la indignación ciudadana.

Más de uno, en cambio, pensaba que el juez se había metido en un jardín y que estaba jugando con fuego. La presencia en las candidaturas de las recientes elecciones de varios de los imputados en el caso “Espectro”, era una demostración de ello, como también lo fue un escueto mensaje, que sólo pudo comprender aquel que lo recibió.

—Turno el dieciséis.

Ninguno de los presentes escuchó el disparo, surgido, esta vez, desde un punto lejano del norte. Ni los escoltas fueron capaces de reaccionar. El juez Ferreiro, que se había inclinado ligeramente sobre el cadáver, recibió el impacto en plena frente. La bala se abrió paso, esparciendo por el aire esquirlas de hueso teñidas de sangre, tanto en su entrada, como en su salida. El cadáver del magistrado quedó tendido boca arriba, con los brazos en cruz, junto a la víctima colateral.

*Alicante, junio de 2011*